

lógicas aplicables a la investigación politológica, dando cuenta del interés del profesor Nohlen por el desarrollo de una Ciencia Política lógicamente argumentada, metodológicamente rigurosa y sistemáticamente estructurada en la región.

*Flavia Freidenberg*

OLAF B. RADER: *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, Siruela, Madrid, 2006.

La veneración de los antepasados constituye uno de los rasgos más universales y persistentes de la cultura humana. Una auténtica constante antropológica, podríamos decir, que discurre paralela al proceso de civilización. El instante en que el ser humano ya no se limita a depositar aleatoria y descuidadamente los restos mortales de sus predecesores, sino que les ofrece sepultura en fosas o en nichos excavados en roca conforme a unos rituales preestablecidos, ese momento inaugura la hora del *homo sepeliens*. La tumba, en tanto que signo mnemónico además de sagrado, hará las veces de lugar de la memoria para el grupo social que honra a los muertos con su culto. Gracias, pues, a las tumbas y a los actos rituales que giran alrededor de la muerte, la memoria pública de los muertos consigue que una comunidad de recuerdo se cree y recree en ese empeño en redefinición permanente que es la construcción de una identidad colectiva.

Partiendo de consideraciones de este tenor al hilo de la relevancia de la muerte para la formación y supervivencia de los grupos sociales, en su ameno, erudito y excelentemente informado ensayo de tanatología comparada que lleva por título *Tumba y poder*, el historiador cultural alemán Olaf B. Rader afila su amplio bagaje analítico para centrarse en los usos y abusos de la muerte a lo largo de la historia por parte de los titulares del poder con un objetivo claramente definido: el de justificar y legitimar su dominio. Para ilustrar su tesis central e hilo conductor del libro, el autor recurre a un amplio abanico de ejemplos de la Antigüedad, la Edad Media y los tiempos modernos ordenados no de forma cronológica, sino más bien puestos al servicio del argumento que en cada momento le interesa desarrollar. Así, por ejemplo, cuando se trata de destacar la funcionalidad de los rituales funerarios para vincular a unos autodesignados sucesores con sus supuestos antepasados y empaparse así de los componentes carismáticos de su dominio, tropezamos en un mismo capítulo con casos tan variopintos en cuanto a su ubicación temporal, geográfica, cultural y sociopolítica como son los de Cecil Rhodes, el duque Enrique de Baviera, Carlos V o Mussolini. En la opción

por el orden analítico a expensas del cronológico estriba una de las virtudes más estimables del texto. Esta preferencia por el análisis no obsta, sin embargo, para que sendos estudios aborden en profundidad el culto a figuras históricas que han sido sometidas a múltiples interpretaciones según las necesidades legitimatorias de sus herederos, como son los casos de Alejandro Magno (la historia de una leyenda constantemente modificada, sostiene Rader) o de Carlomagno. Dichos casos, complementados por otros muchos que salpican la obra, le sirven al autor para ilustrar una ley historiográfica de largo aliento, según la cual «sólo las historias recordadas pueden convertirse en Historia y..., por tal razón, es indiferente qué fue real y qué ficticio» (pág. 24). Una vez más, el recuerdo colectivo del pasado puesto al servicio de las concepciones y necesidades del presente.

Una constante observable a lo largo de la historia es el hecho de que, en su anhelo por legitimar el ejercicio de su dominio, los titulares de la soberanía y sus aspirantes han echado mano de una cuidada escenografía sepulcral. Emperadores, reyes, papas, patriarcas,... todos sin excepción han recurrido a prácticas de esta naturaleza con fines políticos. Donde más decisivos resultan los rituales sepulcrales, según Rader, es en esos momentos de ruptura de la soberanía que denomina «prismas de poder». En los más variados contextos históricos, más de un participante en la descarnada contienda por el poder después del deceso de su anterior titular consiguió alzarse con el trofeo ansiado gracias a un habilidoso manejo de sus cartas fúnebres en ese momento crítico en el que lo viejo acababa de morir y lo nuevo no tenía todavía un vencedor nítidamente perfilado. Así, por ejemplo, el cónsul Marco Antonio consiguió ser nombrado sucesor del asesinado Julio César tras una artera escenificación de sus funerales meditada hasta en el último detalle que se prolongó por espacio de cinco días, suficientes para conseguir manipular a su favor las emociones más profundas de los romanos y conseguir de este modo arrogarse buena parte del capital carismático de César. Que en realidad fuese Cayo Octavio el heredero designado por su predecesor en sus últimas voluntades resultó al final un dato anecdótico e insuficiente en todo caso para alterar el devenir de los acontecimientos.

Si el culto a los muertos constituye un elemento de capital importancia para todo titular y/o aspirante al ejercicio del poder, no lo es menos su correlato. En no raras ocasiones, el cuerpo sin vida o el último refugio de un predecesor en el ejercicio del poder, inmediato o no, se perfila como víctima de una irrefrenable furia destructora (o de una fiebre vilipendiadora en sus variantes más sutiles) por parte de quienes estiman que hacer borrón y cuenta nueva empieza por erradicar materialmente todo resto del soberano anterior. La muerte se revelaría, pues, como un recurso versátil: cuando lo que está en

juego es legitimar el ejercicio del poder, bajo ciertas circunstancias conviene cuidar a los muertos con el mayor de los mimos, pero en otras ocasiones es preferible proceder a la más radical de las aniquilaciones, la *damnatio corporis* como antesala de una más profunda *damnatio memoriae*. Tal suerte corrieron, por ejemplo, el emperador etíope Haile Selassie I, sepultado en 1975 debajo de los aseos de una oficina del palacio, o Patricio Lumumba, jefe del primer gobierno del Congo elegido democráticamente, asesinado en 1961 por un piquete de ejecución belga e inmediatamente después sumergido en un baño de ácido clorhídrico con el fin de borrar toda huella del crimen y privar a sus simpatizantes de un lugar de la memoria que convirtiese en realidad ese aforismo freudiano según el cual «los muertos son señores poderosos».

Un ensayo de la ambición del que nos ocupa despierta, como no podía ser menos, algunas reservas. Empecemos por la consideración exclusiva a lo largo de la obra de protagonistas del género masculino. Rader recorre la historia del culto político a los muertos nutriéndose de varones como si desde la Antigüedad a nuestros días fuese imposible rastrear casos de reinas, heroínas o santas cuyos restos o reliquias resultaron funcionales a sus herederos para legitimar el poder.

Otro aspecto insuficientemente trabajado en el texto se podría resumir del modo siguiente: si bien el autor consigue demostrar satisfactoriamente la diacronía de los estrechos vínculos entre poder y culto a los muertos, no se puede decir lo mismo cuando de lo que se trata es de arrojar luz a la cuestión de qué culturas y qué formas de dominio político se destacan por dicha práctica. Porque no es sencillamente cierto que todas las épocas y lugares hayan asistido con el mismo empeño al culto de los muertos. Tratándose de un ensayo comparado de historia cultural y política, hubiese sido de agradecer un empeño por sistematizar, siquiera de forma tentativa, la morfología y frecuencia del recurso al culto de los muertos con fines legitimatorios en diferentes contextos culturales (catolicismo, protestantismo, islamismo, etc.) y temporales (mundo antiguo, Edad Media, moderna, etc.), o el abordar, ya en la época contemporánea, la cuestión de si, como toda evidencia parece sugerir, los regímenes dictatoriales muestran una mayor propensión que las democracias por capitalizar a los muertos. Y, si así fuese el caso, ¿quiénes concentran la atención de los rituales funerarios y figuran como protagonistas de lugares de la memoria materiales (monumentos, memoriales, museos, etc.)?; ¿son agregados de individuos sin personalización de ningún género, al estilo de tumbas al soldado desconocido o memoriales a héroes caídos en la guerra, o más bien personajes simbólicos con nombres y apellidos elevados a la categoría de héroes-mártires por una comunidad de sentido, como ha sido

práctica habitual en religiones políticas tan distintas, pero al tiempo tan semejantes, como fueron el nacionalsocialismo, el fascismo o el estalinismo?

Por cerrar el capítulo de las críticas: cierto que el trabajo está dedicado al culto a los muertos como bebederos de legitimidad para sus sucesores, pero, ¿no lo es asimismo que actores subordinados de la política han recurrido a prácticas rituales con la muerte como desencadenante e hilo conductor precisamente para desafiar a los titulares del poder, al mismo tiempo que para crear comunidad y delimitar fronteras grupales? Es una pena que las prácticas funerarias estilizadas desde abajo, entendidas como contrapoder crítico, no merezcan ninguna consideración por parte del autor. Claro que, en su descargo, podría replicarse que la suya es una historia de las relaciones entre muerte y poder, no de muerte y contrapoder. Pero siquiera una breve consideración habría reforzado uno de los hilos que trenzan el libro, a saber: la versatilidad de la muerte como recurso transhistórico para la confrontación política.

No obstante estas consideraciones críticas, no cabe duda de que el trabajo de Rader constituye un valiosísimo ensayo por atraer la atención de los especialistas hacia dimensiones no siempre tenidas en cuenta por acercamientos más convencionales al estudio del poder. Un tema este de la muerte y su culto como arma política de vibrante actualidad a la luz del culto al heroísmo y al martirio en el islamismo radical de nuestros días que desmiente una de las aseveraciones que ponen fin al libro, según la cual la cultura moderna asistiría a la extinción prácticamente total del culto a la muerte. A menos que excluyamos a un sector del mundo musulmán de la modernidad (lo cual no dejaría de tener efectos contraproducidos), una aseveración de tal naturaleza resulta ciertamente difícil de mantener a la luz de los desarrollos recientes en la geopolítica internacional.

*Jesús Casquete*